

# 1

Corremos, con los zapatos empapados y el olor a mar pegado a nuestra piel helada.

Me echo a reír y Gabriel me mira como si estuviera loca.

—¡Lo conseguimos! —exclamo a pesar de habernos quedado los dos sin aliento.

A lo lejos se oye el sonido de sirenas. Las gaviotas revolotean a nuestro alrededor sin inmutarse. El sol se está fundiendo en el llameante horizonte. Miro atrás una vez más, lo suficiente para ver a unos hombres arrastrando hacia la orilla la barca con la que huimos. Esperan hallar pasajeros, pero lo único que encontrarán en ella serán los envoltorios de los caramelos que nos comimos del patrón de la barca. Nos lanzamos al agua antes de llegar a la orilla. Buscándonos el uno al otro, aguantamos la respiración y luego nos alejamos del bullicio.

Al salir del mar nuestras huellas quedan marcadas en la arena, como si fuéramos fantasmas vagando por la playa. Me gusta esta idea. Somos los fantasmas de países hundidos. En otra vida, cuando el mundo estaba lleno de vida, fuimos exploradores, y ahora acabamos de regresar de la muerte.

En cuanto llegamos a las rocas que forman una barrera natural entre la playa y la ciudad, nos desplomamos bajo su sombra. Acurrucados en nuestro escondrijo oímos a los hombres dándose órdenes a gritos unos a otros.

—Un sensor debe de haber hecho sonar la alarma cuando nos acercábamos a la orilla —observo.

Robar una barca no ha sido tan fácil como creía. He puesto bastantes trampas en mi casa como para saber que la gente protege lo suyo.

—¿Qué pasará si nos cogen? —pregunta Gabriel.

—No les importamos lo más mínimo —respondo. Me apuesto lo que quieras a que alguien ha pagado un montón de dinero para recuperar la embarcación.

Mis padres solían contarme historias de personas uniformadas que se encargaban de mantener el mundo en orden. Apenas me las creía. ¡Cómo iba un puñado de personas con uniforme a mantener todo el mundo en orden! Ahora sólo hay los detectives privados que contratan los ricos para encontrar las propiedades que les han robado y los guardias de seguridad que evitan que las esposas secuestradas se escapen de las fiestas lujosas. Y los Recolectores, que patrullan por las calles en busca de chicas para venderlas.

Me desplomo sobre la arena, boca arriba.

—Estás sangrando —dice Gabriel tomando mi temblorosa mano entre las suyas.

—Mira, las estrellas ya están saliendo —comento contemplando el cielo.

Al alzar Gabriel la vista, la luz del atardecer se proyecta sobre su rostro, haciendo que los ojos le brillen más de lo que yo se los había visto nunca brillar, pero sigue preocu-

pado. Como se ha criado en la mansión, se siente inseguro en el mundo exterior.

—No te preocupes —digo tirando de él—. Échate a mi lado y mira el cielo un rato.

—Estás sangrando —insiste con el labio inferior temblándole.

—Pero estoy viva.

Me sostiene la mano en alto entre las suyas. La sangre gotea por nuestras muñecas describiendo extraños riachuelos. Debí de hacerme un corte en la palma con una roca al salir gateando hasta la orilla. Me arremango para que la sangre no me estropee el bonito jersey blanco de lana que Deirdre tejió para mí. Está adornado con perlas y diamantes, lo único que me queda de mis riquezas de ama de casa.

Bueno, además de mi alianza.

Al notar la brisa que llega del mar, me doy cuenta de lo entumecida que estoy por el aire frío y la ropa empapada. Tenemos que encontrar algún lugar en el que refugiarnos, pero ¿dónde? Me incorporo y echo un vistazo a nuestro alrededor. Más allá de la arena y las rocas se ven las sombras de los edificios. Oigo el traqueteo de un camión circulando pesadamente por una lejana carretera y se me ocurre que pronto habrá oscurecido lo bastante como para que los Recolectores patrullen por el lugar con las luces de sus camionetas apagadas. Es el sitio perfecto para buscar a sus presas: no parece haber ninguna farola y los callejones de esos edificios podrían estar llenos de chicas del barrio de los prostíbulos.

Pero a Gabriel lo que más le preocupa es mi corte. Me envuelve la palma de la mano con un alga marina y la herida me escuece por la sal. Yo sólo necesito un minuto

para asimilar la situación en la que estamos y luego ya me preocuparé por el corte. Ayer a esta misma hora aún era la mujer de Linden. Tenía hermanas esposas. Y cuando me hubiese muerto, habrían depositado mi cuerpo en una camilla para dejarlo en el sótano, junto a los de las otras esposas de Linden que murieron antes que yo, para que mi suegro hiciera con él quién sabe qué.

Pero ahora me llega el olor a sal y oigo el murmullo del mar. Un cangrejo ermitaño está subiendo por una duna de arena. Y también algo más. Y Rowan, mi hermano, se encuentra en la ciudad. Y nada me impedirá ir a mi hogar para reunirme con él.

Creí que la libertad me entusiasmaría, y así es, pero también me aterra. Una hilera de «y si...» avanzando implacablemente me hace dudar de mis deliciosas esperanzas.

*¿Y si no está allí?*

*¿Y si algo sale mal?*

*¿Y si Vaughn nos encuentra?*

*¿Y si...?*

—¿Qué son esas luces? —pregunta Gabriel.

Miro hacia donde señala con el dedo y yo también veo una gigantesca rueda iluminada girando indolentemente a lo lejos.

—Nunca he visto nada igual —respondo.

—Pues allí hay algo. Venga, vayamos a ver qué es.

Gabriel tira de mí cogiéndome de la mano que me sangra para que me ponga en pie.

—Es mejor que no nos acerquemos a esas luces, no sabemos qué podemos encontrar allí —digo.

—Entonces, ¿qué plan tienes?

¿Plan? Mi plan sólo era escapar. Y ahora que lo hemos

conseguido, pienso reunirme con mi hermano, una idea que idealicé durante los deprimentes meses de mi matrimonio. Rowen se convirtió casi en un producto de mi imaginación, en una fantasía, y al pensar que pronto me reuniré con él me siento loca de alegría.

Había creído que llegaríamos a la playa durante el día sin estar empapados. Pero nos quedamos sin gasolina. Y ahora está oscureciendo por momentos, y como este lugar tampoco es seguro, me digo que al menos se ven luces girando a lo lejos, por más espeluznantes que sean.

—Vale, vayamos a ver lo que son —respondo.

El improvisado vendaje con el alga ha hecho que la mano me deje de sangrar. Me sorprende lo bien que Gabriel me la ha envuelto y él me pregunta por qué estoy sonriendo mientras caminamos por la playa. Está calado hasta los huesos y cubierto de arena. Su pelo castaño, que siempre lleva tan bien peinado, está ahora enmarañado. Pero parece seguir buscando un orden, un plan lógico de acción.

—Todo va a salir bien —afirmo para tranquilizarle.

Me aprieta la mano sana.

El aire de enero sopla con furia, azotándome con la arena y aullando entre mi pelo empapado. Las calles están cubiertas de basura y algo se arrastra por una pila de escombros. Una solitaria farola parpadea en la oscuridad. Gabriel me rodea con el brazo y no sé a quién de los dos está intentando tranquilizar, pero se me encoge el estómago de miedo.

¿Y si una camioneta gris cargada de chicas secuestradas pasara por esta oscura calle?

La única casa que hay por los alrededores es un edificio de ladrillos con las ventanas rotas y tapiadas que hace

medio siglo perteneció tal vez al cuerpo de bomberos. Y algunas otras construcciones medio desmoronadas que en la oscuridad no consigo ver qué son. Juraría que he visto algo moverse por estas callejuelas.

—¡Está todo muy abandonado! —dice Gabriel.

—Qué curioso, ¿verdad? Los científicos estaban decididos a hacernos inmunes a cualquier enfermedad, pero cuando todos empezamos a morir tan jóvenes, dejaron que nos pudriésemos junto con el mundo de nuestro alrededor, abandonándonos a nuestra suerte.

Gabriel hace una mueca que podría ser tanto de desdén como de lástima. Ha pasado la mayor parte de su vida en una mansión en la que, a pesar de haber sido un sirviente, al menos creció en un lugar razonablemente seguro donde todo estaba limpio y en buen estado. Este ruinoso mundo le ha debido de chocar.

El círculo iluminado que se ve a lo lejos está envuelto por una extraña música estridente que pretende parecer alegre.

—Tal vez será mejor que demos media vuelta —sugiere Gabriel al llegar a la valla de tela metálica que lo rodea.

—¿Para ir adónde? —le pregunto. Estoy temblando tanto que apenas puedo articular las palabras.

La réplica de Gabriel queda ahogada por el grito que doy de repente, porque alguien agarrándome del brazo, me está haciendo entrar a la fuerza en la propiedad.

Todo cuanto se me ocurre es: *¡Otra vez, no, no de este modo!*, y la herida de la mano me vuelve a sangrar y el puño me duele, porque le he dado un puñetazo a alguien. Sigo lanzando puñetazos mientras Gabriel tira de mí, e intentamos echar a correr, pero nos lo impiden. De las tiendas de campaña salen más figuras y nos agarran

por los brazos, la cintura, las piernas e incluso por la garganta. Siento mis uñas arañando la piel de alguien y un cráneo chocando contra el mío, y entonces me siento mareada, aunque una fuerza inusitada en mí hace que me defienda como una fiera acorralada. Gabriel chilla mi nombre, me exhorta a luchar, pero es inútil. Nos arrastran hacia ese círculo iluminado que gira, donde una mujer entrada en años se ríe ruidosamente mientras la música sigue sonando.

## 2

Se escucha el siniestro sonido de nudillos golpeando la piel. Gabriel propina un perfecto derecho y alguien cae de espaldas al suelo, pero otros tipos le agarran por los brazos y la emprenden a rodillazos con él.

—¿Para quién trabajáis? —nos pregunta la anciana sin alterar la voz. Salen volutas de humo de su boca y de un palito que sostiene entre los dedos—. ¿Quién os ha enviado para que me espiéis?

Es una mujer de la primera generación, baja y corpulenta, con el pelo canoso recogido en un moño adornado con chillones rubíes y esmeraldas de cristal. Rose, que a lo largo de los años estuvo recibiendo joyas y piedras preciosas de nuestro esposo Linden, se reiría de estas baratijas: de las descomunales perlas que cuelgan del cuello con papada de esta mujer, de los brazaletes plateados, oxidados y descascarillados que le llegan hasta el antebrazo y del anillo con un rubí engarzado del tamaño de un huevo.

Unos tipos sujetan a Gabriel por los brazos y mientras él forcejea para mantenerse en pie, otro le golpea. No es más que un chaval de la edad de Cecilia.

—¡Nadie nos ha enviado! —afirma Gabriel, y por la



expresión de sus ojos veo que está medio ido. Ha sido el que más golpes ha recibido y me preocupa que pueda tener una conmoción cerebral. Recibe otro puñetazo, esta vez en las costillas, y cae de rodillas al suelo. Se me hace un nudo en el estómago.

Un tipo me tiene agarrada por el cuello y otros dos de los brazos, y todos son más pequeños que yo. Me cuesta verlos como muchachos, pero eso es lo que son.

A Gabriel se le entrecierran los ojos y luego se le abren de par en par, lanza desconcertado unos gemidos agitados. El corazón me martillea en los oídos, quiero acercarme a él, pero lo único que le llega es mi frustrado quejido. Yo tengo la culpa de lo que ha sucedido. Este es mi mundo, se suponía que sería capaz de protegerlo. Debía de haber tenido un plan. Mascullo algo indignada.

—¡Dice la verdad, no somos espías! —les suelto—. ¿Por qué íbamos a espigar en un lugar como éste?

Unas chicas mugrientas nos están mirando a hurtadillas por el resquicio de una tienda de rayas multicolor, parpadeando como bichos. En cuanto las veo sé que hemos ido a parar al barrio de los prostíbulos, un antro de vicio de chicas descartadas que los Recolectores no pudieron vender a los Amos de las mansiones o que simplemente no tenían adónde ir.

—¡Cierra la boca! —me suelta al oído uno de los chicos.

La vieja se ríe socarronamente, haciendo tintinear sus joyas falsas, parecen enormes insectos de cristal y furúnculos purulentos en sus dedos y muñecas.

—¡Llévala a la luz! —ordena la anciana.

Me arrastran al interior de la tienda multicolor a rayas, del techo cuelgan farolillos balanceándose. Las chicas bi-

chos se dispersan en el acto. La anciana, cogiéndome de la barbilla, me ladea la cabeza para verme mejor. Después me escupe en la mejilla para limpiarme la cara cubierta de sangre y arena.

—Vara de Oro —proclama, iluminándosele sus horribles ojos negros de alegría—. Sí, así es como te llamaré.

Los ojos me escuecen por el humo que le sale de la boca. Quiero responderle escupiéndole yo también a la cara.

Las chicas de la tienda protestan en voz baja.

—Madame —dice una levantando la cabeza—, se ha puesto el sol. Ya es hora. Tiene los ojos lánguidos y nublados.

—¡Soy yo la que debo decirlo y no tú! —le espeta la anciana con la misma impasibilidad de antes, dándole un revés al tiempo que se observa los dedos enjorjados.

La chica se acurruca junto a las otras, desapareciendo de la vista.

Gabriel escupe la sangre de su boca. Los chicos se lo llevan arrastrándolo por los pies.

—¡Metedla en la tienda roja! —ordena la anciana.

Aunque me eche al suelo y me niegue a andar, no me sirve de nada, dos chicos me llevan a rastras.

*Esto es el fin, pienso. Gabriel se morirá y esta vieja pretende que yo sea una de sus prostitutas.* Supongo que eso es lo que son las chicas de la tienda multicolor. Con lo mucho que nos ha costado escapar de la mansión, con todo lo que Jenna ha hecho para ayudarnos, y sólo nos ha servido para poder disfrutar de un día de libertad antes de vivir otro infierno.

La tienda roja está iluminada con farolillos que cuelgan de un techo bajo. Mi cabeza choca contra uno, y

cuando los chicos me sueltan, me desplomo en el frío suelo de tierra.

—No te muevas de aquí —me suelta uno de los muchachos, que es un palmo y medio más bajo que yo, y se abre el abrigo apollillado para mostrarme el revólver enfundado que lleva en el cinto. El otro chico se echa a reír y se marchan. A través de la puerta cerrada con cremallera entreveo sus siluetas y oigo sus risas burlonas.

Inspecciono la tienda buscando otra salida por la que escabullirme, pero está rodeada de muebles. Son cómodas y baúles antiguos y pulidos con los cajones decorados con dragones siseando, flores de cerezo, glorietas y mujeres de pelo negro contemplando con tristeza el agua.

Son antigüedades procedentes de algún país oriental que hace mucho que no existe. A Rose le habrían encantado. Sabría por qué las mujeres de pelo negro están tan desconsoladas y trazaría un camino entre los cerezos en flor que la llevaría adonde quisiera ir. Por un momento creo ver lo que ella vería: un mundo infinito.

—Voy a examinarte —dice la anciana saliendo de la nada y tirando de mí para que me siente en una de las dos sillas que hay ante la mesa.

Volutas de humo se elevan del largo cigarrillo que sostiene entre sus arrugados dedos. Llevándose a los labios, le da una calada.

—Tú no eres de este lugar, porque te habría visto —prosigue expulsando el humo del cigarrillo por la boca y la nariz. Sus ojos, que hacen juego con las alhajas que lleva, se posan en los míos. Aparto la mirada—. ¡Qué ojos más singulares! ¿Tienes una deformación? —pregunta inclinándose hacia mí para observarme mejor.

—No —atajo intentando disimular mi enojo, porque fuera hay un chico con un revólver y Gabriel sigue estando a merced de esta mujer—. Y no somos espías, se lo he estado intentado decir. Sólo nos equivocamos de camino.

—Todo este lugar es un mal camino, Vara de Oro —observa ella—. Pero esta noche estás de suerte. Si buscas un barrio lujoso para hacer negocios —añade agitando de manera teatral los dedos haciendo volar las cenizas del cigarrillo por el aire—, no encontrarás otro igual que éste en muchos kilómetros a la redonda. Yo me ocuparé de ti.

El estómago se me revuelve. No digo una palabra, porque si abro la boca estoy segura de que vomitaré sobre esta preciosa mesa antigua.

—Soy Madame Soleski —puntualiza ella—. Pero puedes llamarme Madame. Déjame ver esa mano —añade cogiéndome de la muñeca y plantando la mano izquierda que me está sangrando sobre la mesa. El alga marina que la envuelve a modo de vendaje, empapada en sangre, se apelotona al cerrar yo la mano.

Me levanta la mano hacia el farolillo para verla mejor y da un grito ahogado al descubrir la alianza. Probablemente es la primera joya auténtica que ve. Deja el cigarrillo en el borde de la mesa y, cogiéndome la mano entre las suyas, examina las enredaderas grabadas en el anillo de boda, las flores que Linden solía dibujar en los diseños de sus edificios cuando pensaba en mí. Me dijo que no eran reales. En este mundo no existían esta clase de flores.

Vuelvo a cerrar la mano, preocupada por si intenta quitármela. Aunque aquel matrimonio fuera una farsa, esta pequeña alhaja me pertenece.

Madame Soleski la admira un poco más y luego me suelta la mano. Se pone a hurgar en uno de sus cajones y después vuelve con una gasa que parece usada y un frasco con un líquido translúcido. Cuando me saca el alga y vierte el líquido sobre la herida, esta me escuece. El líquido burbujea siseando furioso. La anciana observa mi reacción, pero yo me mantengo impassible. Me envuelve la mano con la gasa como si tuviera mucha práctica en ello.

—Has golpeado a uno de mis chicos, mañana tendrá un ojo morado —dice.

Pero no ha servido de nada, al final nos han atrapado.

Madame Soleski me baja la manga del jersey y yo me resisto, pero me clava los dedos en la herida vendada. No quiero que me toque. No quiero que me toque la alianza ni el suéter. Pienso en las hábiles manos de Deirdre tejiéndolo para mí, surcadas de venas azules, su tersa piel reflejaba su corta edad. Aquellas manos podían hacer que un baño fuera mágico o tejer un jersey ensartado de diamantes. Todas sus creaciones eran perfectas. Pienso en sus grandes ojos de color avellana, en su voz melodiosa y suave. Pienso en que nunca volveré a verla.

—No te quites el vendaje —me advierte cogiendo el cigarrillo y dándole unos golpecitos para que se desprenda la ceniza—. No querrás perder esa mano por culpa de una infección, con los dedos tan bonitos que tienes.

Ya no veo la silueta de los chicos haciendo guardia junto a la entrada, pero les oigo hablar. El arma en su poder es mucho más pequeña que la escopeta que mi hermano y yo guardábamos en el sótano. Si pudiera quitársela. Pero ¿seré lo bastante rápida? Los otros chicos seguramente también van armados. Y no puedo irme sin Gabriel. Está en este lugar por mi culpa.

—¿No hablas a no ser que te hagan una pregunta, eh, Vara de Oro? Esto me gusta. Aunque no estamos hablando de negocios exactamente.

—Yo no formo parte de sus negocios —le espeto.

—¿Ah, no? —pregunta la anciana arqueando las cejas dibujadas con lápiz—. Tienes pinta de haber huido de alguna otra clase de negocios. Yo te puedo ofrecer protección. Estás en mi territorio.

¿Protección? Me dan ganas de echarme a reír. Mis doloridas costillas y la cabeza martilleándome sugieren lo contrario.

—Nos desviamos un poco de nuestro camino, pero si nos deja salir de aquí sabremos volver a casa —replicó—. Nuestra familia nos está esperando en Carolina del Norte.

La anciana se echa a reír y da una lánguida calada al cigarrillo sin dejar de mirarme con sus ojos inyectados de sangre.

—Nadie que tenga una familia acaba en este lugar. Ven, deja que te muestre el plato fuerte —responde pronunciando estas últimas palabras con un estudiado acento. Tira la colilla del cigarrillo y la aplasta con el zapato de aguja de una talla más pequeña que la suya.

Salimos de la tienda y los chicos que hacen guardia en la entrada dejan de reírse al pasar la anciana. Uno de ellos intenta hacerme la zancadilla, pero yo la esquivo.

—Este es mi reino, Vara de Oro —afirma la Madame—. Mi feria del *amour*. Pero no creo que sepas qué significa *amour*.

—Quiere decir «amor» —respondo alegrándome al verla arquear las cejas sorprendida. Las lenguas extranjeras son una especie de arte que se ha extinguido, pero mi hermano y yo tuvimos la rara suerte de tener unos padres que

valoraban mucho una buena educación. Aunque no pudiéramos usarla nunca, aunque nunca llegásemos a ser lingüistas o exploradores, nuestra cabeza estaba llena de conocimientos que animaban nuestras fantasías. A veces corríamos por la casa fingiendo estar haciendo paravelismo en las islas Aleutianas arrastrados por una lancha, y más tarde estar tomando en Kioto té verde al pie de los ciruelos en flor. Y por la noche mirábamos entornando los ojos el cielo nocturno, imaginando ver los planetas vecinos. Apiñados ante la ventana abierta, mi hermano me decía: «¿Ves Venus? Es un rostro de mujer con el pelo llameante». Y yo le respondía: «Sí, sí, ¡lo veo! Y Marte está cubierto de gusanos reptando».

La Madame me rodea los hombros con el brazo y me da un achuchón. Huele a moho y humo.

—Ah, el amor. En el mundo ya no queda. El que hay no es más que una ilusión. Por eso los hombres vienen a ver a mis chicas. Para encontrarlo.

—¿A cuál se refiere, al real o al falso?

La Madame se ríe entre dientes dándome otro achuchón. Me hace recordar el largo paseo que di con Vaughn por el campo de golf una fría tarde, su siniestra presencia, que hacía desaparecer todas las cosas bonitas del mundo, como una anaconda enroscándose alrededor de mi pecho. Y mientras tanto, la Madame me lleva al círculo iluminado que gira. ¿Por qué será que a los de la primera generación les gusta tanto coleccionar objetos maravillosos? Me detesto por preguntármelo llena de curiosidad.

—Sabes *français* —apunta la Madame pícaramente—. Pero seguro que no has oído nunca la palabra «feria» —añade expectante abriendo los ojos de par en par.

Sé lo que significa. Mi padre intentó explicárnoslo a mi hermano y a mí. Lo llamaba las celebraciones para cuando no hay nada que celebrar. Yo lo entendía, pero Rowan no, por eso el día siguiente al despertar descubrimos que nuestro dormitorio estaba decorado con lazos de colores y que sobre el tocador nos esperaba un pastel, tenedores, y agua con gas con sabor a arándanos, mi preferida, aunque casi nunca podía tomarla porque costaba mucho de encontrar. Y aquel día no fuimos al colegio. Mi padre tocó una extraña música en el piano y nos pasamos el día celebrando nada en especial, salvo quizá que seguíamos con vida.

—En una feria hay norias —observa la anciana.

Norias. Es lo único en este páramo de atracciones de feria abandonadas que no se está pudriendo u oxidando.

Ahora que estoy lo bastante cerca, veo los asientos de la noria y una pequeña escalera que lleva al punto más bajo. En la desconchada pintura pone: «ENTRE POR AQUÍ».

—Cuando la encontré por supuesto no funcionaba —prosigue la Madame—. Pero mi Jared es un gran electricista.

No digo nada, sólo ladeo la cabeza para contemplar los asientos girando contra el cielo estrellado. La noria chirría y cruje al girar y por un momento oigo risas en medio de esa misteriosa música festiva.

Mis padres habían contemplado las norias de los parques de atracciones. Formaban parte del mundo extinguido.

Uno de los chicos está apoyado en la reja que la rodea.

—¿Qué desea Madame? —dice mirándome con recelo.



—Detenla —ordena ella.

De súbito me envuelve una fría brisa, llena de antiguas melodías y del olor a herrumbre y a los extraños perfumes extranjeros de la Madame. Ante la escalera en la que estoy plantada se detiene un asiento vacío.

—Sube, sube —insiste la anciana empujándome por la espalda con la mano para que me suba a la noria, haciendo tintinear y repiquetear sus pulseras.

No me queda más remedio que obedecerla. Subo las escaleras y el metal tiembla bajo mis pies, siento sus vibraciones en las piernas. El asiento se balancea un poco al sentarme en él. La Madame se acomoda a mi lado y baja la barra de seguridad que hay sobre nuestras cabezas. La noria empieza a girar y mientras ascendemos hacia el cielo, me quedo sin aliento.

La tierra se va alejando más y más. Las tiendas parecen caramelos redondos iluminados. Veo las figuras oscuras de las chicas moviéndose a su alrededor.

No puedo evitar asomarme por el borde de la cabina, atónita. La noria es cinco, diez, quince veces más alta que el faro al que trepé durante el huracán. Más alta incluso que la valla que me obligaba a seguir siendo la mujer de Linden.

—Es el lugar más alto del mundo —observa la Madame—. Es más alto que las torres de vigilancia.

Yo no sé lo que son las torres de vigilancia, pero dudo que sean más altas que las fábricas y los rascacielos de Manhattan. Ni siquiera esta noria los supera. Aunque tal vez sí que sea el lugar más alto en el mundo de la Madame.

Y mientras nos acercamos tanto a las estrellas que parece como si casi pudiera tocarlas, me acuerdo de pronto de mi hermano gemelo y lo echo mucho de menos. Nun-

ca fue un chico fantasioso. Desde la muerte de mis padres dejó el mundo de la fantasía para creer sólo en lo que podía ver y tocar, en cosas menos horribles que las siniestras callejuelas donde las chicas perdían el alma y los hombres pagaban por estar cinco minutos con sus cuerpos. Estaba obsesionado con la supervivencia, tanto en la suya como en la mía. Pero incluso a mi hermano se le habría cortado la respiración al estar a tanta altura, contemplando esas luces y la claridad del cielo nocturno.

Rowan. Incluso su nombre me parece aquí arriba lejano.

—Mira, mira —dice entusiasmada la Madame señalándome con el dedo a sus chicas. Están dando vueltas a nuestros pies luciendo su descolorida ropa exótica. Una de ellas al ponerse a girar hace revolotear su falda, y el eco de su risa resuena como si hipara. Un hombre la coge de su pálido brazo y ella sigue riendo, tropezando y resistiéndose, mientras él la arrastra al interior de una tienda.

—Seguro que nunca has visto unas chicas tan guapas como las mías —afirma la Madame.

Pero está muy equivocada. He conocido a la elegante Jenna, con sus ojos grises captando siempre la luz del sol. Ella habría girado y tarareado por las callejuelas, enfrascada todo el tiempo en novelas de amor. Los sirvientes enrojecían al verla y evitaban mirarla a los ojos, intimidados por su seguridad y su coqueta sonrisa. En un lugar como este habría sido una reina.

—Quieren una vida mejor. Huyen y vienen a mí para que las ayude. Yo traigo al mundo a sus bebés y les curo los resfriados. Les doy de comer, las mantengo limpias y aseadas, y les regalo cosas bonitas para el pelo. Llegan a

este lugar preguntando por mí —me asegura sonriendo—. Tal vez tú también hayas oído hablar de mí y has venido para que te ayude.

Me coge la mano izquierda con tanta fuerza que la cabina se bambolea. Me pongo tensa, me da miedo volcar, pero no ocurre. Ahora ya hemos dejado de subir, estamos en la parte más alta de la noria. Me asomo por el borde de la cabina. No hay forma de bajar a tierra y el miedo empieza a invadirme. La Madame controla la noria. Antes yo no estaba a su merced del todo, pero ahora sí que lo estoy.

Hago todo lo posible por mantener la calma. No le daré el gusto de verme aterrada, esto sólo le daría más fuerza.

El corazón me martillea en los oídos.

—El chico con el que viniste no es el que te dio esta alianza tan bonita, ¿verdad? —pregunta, aunque más bien es una afirmación.

Intenta sacármela del dedo, pero aparto la mano bruscamente y la cierro con fuerza.

—Parecíais dos ratas ahogadas al llegar —observa soltando unas carcajadas que suenan como el herrumbrado engranaje de la cabina—. Pero bajo esa pinta se escondía una chica cubierta de diamantes y perlas. ¡De perlas *auténticas*! —exclama mirándome el jersey—. En cambio él tiene el aspecto de un humilde sirviente.

No puedo negarlo. Ha conseguido resumir a la perfección los últimos meses de mi vida.

—¿Acaso huiste con tu sirviente, Vara de Oro, sin que el hombre que te tomó por esposa se diera cuenta? ¿Te obligó tu marido a acostarte con él? ¿O a lo mejor no podía satisfacerte en la cama y te reunías con este joven a

escondidas, revolcándoos como un par de salvajes en el armario entre tus vestidos de seda?

Me arden las mejillas, pero no es por la vergüenza que sentía cuando mis hermanas esposas me tomaban el pelo por no querer intimar con Linden. Los comentarios de la Madame me parecen sucios e impertinentes. Fuera de lugar. Y además apesta tanto a tabaco que me cueste respirar. Al mirar hacia abajo, me mareo. Cierro los ojos.

—Se equivoca —replico mordiéndome la lengua.

—No tienes por qué avergonzarte —dice rodeándome con el brazo. Me contengo para no quejarme de sus asquerosas afirmaciones—. Después de todo eres una mujer. Las mujeres somos el sexo débil. Y con una tan bella como tú, seguro que tu marido debe de haberse convertido en una fiera. No es de extrañar que te hayas buscado un chico más dulce. Y éste lo es, ¿verdad? Lo veo en sus ojos.

—¿En sus ojos? —le suelto furiosa. Al abrir los míos me fijo en una de las chabacanas alhajas de su pelo para no mirarla a ella o hacia abajo—. ¿Antes de que sus hombres le dieran una paliza tan brutal que por poco lo matan?

—Y hay otra cosa —prosigue la Madame apartándome tiernamente el pelo de la cara. Me alejo bruscamente de ella, pero no parece importarle—. *Mis* hombres saben proteger a mis chicas. La vida es muy dura, Vara de Oro. Tú también necesitas protección.

Me coge la barbilla, hincándome los dedos con tanta fuerza que las mandíbulas me duelen.

—O lo mejor —me suelta mirándome a los ojos— tu marido no quería que les pasaras tu defecto de nacimiento a sus hijos. Quizá te echó junto con la basura.

La Madame es una mujer a la que le encanta hablar. Y cuanto más habla, más se equivoca. Me doy cuenta de que no puede leerme la mente tan bien como creía. Sólo está sugiriendo varias opciones con la esperanza de son-sacarme la verdad. Si le mintiera, ni siquiera se daría cuenta.

—Yo no tengo ninguna malformación —afirmo animada de súbito por el pequeño poder que tengo sobre ella—. Es mi esposo el que la tiene.

La Madame arquea las cejas intrigada. Me suelta la cara.

—¿Ah, sí? —pregunta acercándose a mí.

—Aunque se transformara en una fiera, tanto me daba. Porque nueve de cada diez veces, era impotente. Y como usted ha dicho, las mujeres tenemos nuestras necesidades.

La Madame da un brinco excitada, haciendo balancear y crujir la cabina. Es evidente que le encanta la idea de la lujuria juvenil. Ni siquiera tengo que esforzarme en seguir mintiendo, ella solita se inventa el resto de la historia.

—Y te viste obligada a echarte a los brazos de tu sir-viente.

—En mi armario, tal como usted ha dicho.

—¿Delante de las narices de tu esposo?

—En la habitación de al lado.

Le puedo contar la estúpida mentira que ella quiera. Pero la verdad, como mi alianza, es algo mío que no tendrá.

Las chicas, a cientos de palmos por debajo de nosotras, se ríen a coro. Todas bailan con los hombres antes de meterse en las tiendas. Y los secuaces de la Madame a veces echan una miradita por el resquicio de la puerta.

—¡Oh, Vara de Oro, eres una joya! —dice cogiéndome la cara entre sus manos y besándome las mejillas, mientras proclama entre un beso y otro—: Una joya, una joya, una auténtica joya. ¡Tú y yo nos lo pasaremos en grande!

¡Qué bien!

Al siguiente instante estamos girando hacia atrás. A medida que nos acercamos al suelo, la música se vuelve más alta y las chicas se ven más tristes.